

REFLEXIONES SOBRE EDUCACIÓN, SOCIEDAD Y POLÍTICA

*Alejandra Salinas**

Reseña del libro de Michael J. Oakeshott, *La voz del aprendizaje liberal*, Buenos Aires y Madrid: Liberty Fund y Katz (co-editores), 2009, traducción de Ana Bello, con prólogo e introducción de Timothy Fuller.

En las últimas décadas se ha debatido intensamente sobre la crisis educativa y el lugar de la universidad en la sociedad actual. Los debates suelen centrarse en la pertinencia de los diferentes mecanismos de financiación de los estudios universitarios, la comparación entre el desempeño de instituciones públicas y privadas, el rol asignado a la tecnología en el proceso educativo, la especialización y profesionalización docente, y el objetivo que debe perseguir la formación universitaria.

Es este último aspecto el que ocupa la atención de Michael J. Oakeshott en su libro *La voz del aprendizaje liberal*. ¿Cuáles son las cualidades intelectuales y morales, las disposiciones y actitudes personales, que deben alentarse y buscarse en la educación universitaria y en los estudios académicos en general? El filósofo y profesor inglés reflexionó sobre éstos y otros temas educativos en varios escritos y conferencias publicados originalmente en inglés entre 1949 y 1974, recopilados en 1989 por Yale University Press y en el 2001 por Liberty Fund, y que gracias a esta última y a la editorial Katz se han traducido y editado ahora en español. En lo que sigue resumo sus ideas principales y esbozo un breve análisis de su pensamiento.

* Doctora en Sociología (Universidad Católica Argentina). Profesora y Directora del Departamento de Economía y Ciencias Sociales de ESEADE. Email: salinas@eseade.edu.ar

La educación liberal y la universidad

Las respuestas que ofrece Oakeshott a la pregunta sobre las disposiciones y actitudes personales que deben alentarse y buscarse en la educación universitaria giran en torno a la defensa de la *educación liberal*, entendida como aquella que provee al alumno de las herramientas para “pensar por uno mismo” en base al aprendizaje de una “herencia histórica de logros humanos” (75). Conocer las distintas herencias nos liberaría, entre otras cosas, de los “compromisos cotidianos”, del “sentimentalismo” y de la “pobreza intelectual”, pero fundamentalmente de la idea que la educación actual deba promover la uniformidad social (53). La educación liberal permitiría entonces advertir las ventajas de la diversidad y la multiplicidad de “aventuras intelectuales” (54) que la tradición universitaria ha transmitido a partir del siglo XII.

El modelo educativo liberal que defiende el autor se centra, pero no se limita, a la formación humanista personal, ya que también incluye las “relaciones, las asociaciones y las prácticas” interpersonales que conforman el ámbito de lo social (57). Así entendida, en la educación liberal convergen la imaginación, la indagación y la auto-comprensión individual con las *relaciones conversacionales* entabladas entre las diversas tradiciones intelectuales a lo largo de la historia humana (62). La conversación entre el individuo y las diversas herencias culturales sigue la siguiente dinámica: el primero recibe una serie de significados que no tienen una formulación final o definitiva, sino que luego de su apropiación e interpretación por parte del individuo vuelven a recrearse.

La palabra “conversación” es aquí crucial en varios sentidos. En primer lugar, el título del libro ilustra el espacio que ocupa la voz en la transmisión educativa, ya que ésta implica un encuentro de seres que conversan, una actividad eminentemente social. A diferencia del discurso, que habla sin oír; del enunciado, que pronuncia sin sentir; y del grito, que habla sin pensar, podríamos decir que en la conversación se encuentran el yo-tú y el nosotros-ellos, intercambiando y reformulando ideas y sentimientos siempre abiertos al debate. En segundo lugar, la conversación exige tomarse el tiempo necesario para poder “observar, escuchar y reflexionar” (p. 50); a diferencia del ‘ruido’ de las noticias y de la propaganda en los medios de comunicación, y de la

superficialidad de las lecturas de consumo masivo, la conversación es una actividad intelectual que necesita de condiciones y hábitos intelectuales y morales favorables a su desarrollo. Entre éstos sobresale la lectura de libros clásicos, que exigen paciencia, concentración y contacto con temas no relacionados con nuestras preocupaciones inmediatas (100).

Para Oakeshott el horizonte educativo así entendido se ve afectado por tendencias que reducen las actividades educativas e intelectuales a la búsqueda de la “socialización” o el “servicio a la comunidad” (113), tanto como por enfoques técnicos que reducen la educación a la “adquisición de información” (136). En el pasado, la socialización mediante la escolarización obligatoria fue introducida por los gobiernos para incorporar y preparar a los menos pudientes para las necesidades de la vida industrial y comercial; modernamente, el concepto es utilizado para promover la uniformidad mediante un sistema único de aprendizaje (118-121). En ambos casos, la educación se ve limitada a cumplir una “función social” (129) en la cual las distintas disciplinas –ciencias, lengua, literatura– son vistas únicamente como medios, desvirtuando el compromiso educativo con la transmisión de una herencia valiosa en sí misma. En contraste, el aprendizaje liberal consiste en comprender el mundo a partir de las experiencias de vida, aprender a interpretar estas experiencias, y embarcarse luego en la “aventura” de la “autodefinición”. Se trata, en definitiva, de una aventura individual, de carácter moral e intelectual, y por lo tanto irreducible a la noción de función social: “Ser iniciado en este mundo es aprender a llegar a ser humano y moverse en él con libertad es ser humano...” (131).

Por otro lado, el filósofo inglés insiste en la distinción entre el conocimiento liberal, que nos enseña cómo pensar, y la mera acumulación de información, una noción de carácter técnico. Advierte así que probablemente el estudiante olvide la mayor parte de lo que le exige este último, y nos recuerda que la educación liberal expone a los individuos a una amplia gama de experiencias valiosas para comprender su posición en el mundo.

La distinción entre una y otra perspectiva educativa se hace patente en su visión de la universidad, entendida como una comunidad cooperativa organizada para la búsqueda de conocimiento. La universidad es, si se quiere, el ámbito ideal donde se desarrollan las *relaciones conversacionales* de las que hablamos

antes, donde el conjunto de las ramas de conocimiento y de las distintas perspectivas se encuentran en un mismo espacio de aprendizaje. Nuevamente, esas conversaciones exigen tiempo y disponibilidad mental, y por ello la universidad es esa etapa en la vida individual donde las exigencias de la vida (trabajo, ocupaciones, etc.) son suspendidas para “aprovechar el *scholé*, el ocio” en la búsqueda del “destino intelectual” de cada uno (142-144).

Los obstáculos para cumplir con esta misión de la universidad son varios. Por un lado, dado que la universidad no se relaciona con el mundo de los logros y éxitos sino con un proceso conversacional continuo y múltiple, debe alejarse de aquel mecenazgo que busque resultados concretos. Por el otro, debe cuidarse de fomentar una investigación abocada sólo al servicio de un proyecto y de instigar a la especialización docente, así como de convertirse en mera emisora de un título (144, 161). Frente a estas lecturas parciales, Oakeshott nos recuerda que la universidad debe ofrecer algo más que un certificado, un trabajo o un ámbito de investigación: es un espacio donde aprendemos a hablar con nosotros mismos, porque antes escuchamos hablar a los otros. Y es esta conversación personal y al mismo tiempo inter-generacional la que debe buscarse por ella misma.

La educación política

Las reflexiones de Oakeshott sobre educación política fueron presentadas en una conferencia de 1951 en la universidad donde fue profesor, el influyente *London School of Economics and Political Science*. En el contexto de una posguerra marcada por agudas divisiones ideológicas y un sordo activismo político derivado de ellas, su mensaje se dirigió a criticar a ambos.

Oakeshott entiende la política como una actividad que se ocupa de atender la organización general de “grupos cooperativos hereditarios”, pero que no lo hace de cara a “una página en blanco de posibilidades infinitas” sino en base a “las formas de la organización de las que ya se disfruta” (184). A partir de esta premisa, el autor advierte contra el reduccionismo empirista y el ‘ideologismo’: el primero salta de una forma de actividad a otra y, guiado

por deseos espontáneos y el imperio de lo momentáneo, olvida preguntarse acerca del objetivo último de la acción política (187); el segundo se fusiona con ideas abstractas y principios generales que pierden de vista las particularidades de cada sociedad, en la creencia de que ésta es una página en blanco que admite cualquier escritura. El primero reduce la política a actividad; el segundo a la imaginación y los anhelos. Ni uno ni otro contemplan la relación apropiada entre acción y razón: la doctrina no existe antes de la actividad (192) y una actividad sin objetivos termina en la locura (187).

¿Cuál es entonces el espacio de encuentro de la acción y el pensamiento? Ese espacio se encuentra en la historia, la costumbre, los hábitos y capacidades para hacer, términos todos intercambiables. La política nace en la experiencia, a partir de la cual surgen las ideas. Así lo ilustra uno de los textos políticos clásicos, el *Segundo Tratado* de Locke, catalogado como “un resumen brillante de los hábitos políticos” de la sociedad inglesa, de entre los cuales se destacaba la libertad (193). Por lo tanto, comprender las tradiciones de comportamiento de una comunidad política se hace necesario para no perderse en el voluntarismo de la ideología ni en el desorden del pragmatismo. También se hace necesario a la hora de analizar el cambio político, ya que el éxito de éste depende de su alineación con esas tradiciones. Así, por ejemplo, leemos que para el autor en la sociedad inglesa la emancipación de la mujer no se originó gracias a un discurso sobre ideas generales, sino al hecho de que “había una incoherencia en las formas de la organización de la sociedad que claramente había que remediar” (197). Vincular el cambio a las condiciones culturales latentes no impide proponer cambios inspirados en los hábitos de otras sociedades, antes bien nos recuerda que dicho cambio estará condicionado por la capacidad de asimilarlo a las formas culturales propias, asimilación que es siempre lenta y gradual.

Frente a estas realidades políticas, la tarea del estudio académico de la política consiste en una reflexión histórica que debe integrar tres aspectos o disciplinas: la historia de los detalles propios de la organización de cada sociedad, la historia de otras sociedades y de nuestra relación con ellas, y *last but not least*, la historia de la filosofía política. La primera perspectiva nos permite tomar consciencia no sólo de los hechos históricos sino de lo

que se pensó y se dijo acerca de ellos. Este tipo de conocimiento histórico nos vacuna contra la “confusión de Mill” quien, según Oakeshott, erróneamente creyó que el gobierno representativo podía ser adecuado para cualquier sociedad civilizada (204). Desde la óptica de Oakeshott, el simple trasplante institucional no sirve.

La segunda perspectiva para abordar el estudio de la política, el conocimiento de la historia de otras sociedades y de nuestra relación con ellas, impediría que se conciban e implementen acciones improvisadas en materia de política exterior, o que se incurra en estudios institucionales comparativos que pasan por alto el trasfondo cultural donde se insertan (205). Finalmente, la filosofía política actúa como un tercer enfoque complementario al abordar “el lugar de la actividad política en sí en el mapa de nuestra experiencia total”. Sin embargo, no debe perderse de vista la dimensión exacta de este abordaje: el conocimiento de las ideas políticas es una tarea “explicativa, no práctica”, que “no nos ayudará a distinguir entre proyectos políticos buenos y malos” (206). Para Oakeshott, los principios son un “mero índice de comportamientos políticos” y las teorías generales no son adecuadas para una explicación o una conducta práctica (210).

En última instancia, la educación política requiere de una inmersión cultural en las características de cada sociedad, de cara a lo cual la perspectiva filosófica, con sus planteos de universalidad y aislada de la experiencia, no resulta suficiente.

Comentarios

La voz del aprendizaje liberal transmite acabadamente las cualidades intelectuales de su autor, ilustrativas de una educación liberal: sensibilidad literaria, sentido estético, profundidad y rigor académico, en suma, la voz de quien “piensa por sí mismo”. Independientemente de estas consideraciones, me interesa detenerme aquí a analizar su pensamiento sobre la relación entre educación, sociedad y política. Si bien se lo ha asociado al perfil conservador (Oakeshott, 1983; Abel y Fuller, 2006) encuentro varios puntos de contacto entre el pen-

samiento de Oakeshott y otros autores contemporáneos preocupados por estudiar y defender el lugar de la libertad individual en la vida social.

Comenzaré por recordar que para el filósofo inglés, en la expresión ‘educación liberal’ el adjetivo alude a la liberación de todo lo que frena el desarrollo intelectual y moral de las personas. En su opinión, este objetivo fue reemplazado de modo sistemático a partir del siglo XIX, en especial cuando los gobiernos se propusieron educar a las personas para satisfacer necesidades específicas, atadas entonces a la socialización y la producción industrial (120-121). Oakeshott lamenta los efectos de largo plazo de estas políticas toda vez que, en lugar de ampliar las oportunidades para que las personas más pobres pudieran buscar su propia autodefinición, construyeron un sistema subordinado a consideraciones sociales definidas por los gobiernos e intelectuales de turno. Similar conclusión es la de Robert Nozick, quien al igual que Oakeshott defiende el concepto de autodefinición individual (en sus términos, “la habilidad para regular y guiar su vida de acuerdo con alguna concepción general que decida aceptar”, p. 49) y condena las restricciones que ésta sufre de la mano de modelos de resultados finales definidos por el Estado (Nozick, 1974).

En el plano histórico y social, como ya señalamos, Oakeshott habla de las tradiciones de los logros humanos como el contenido primario de la educación liberal. El conocimiento del pasado se aborda a partir del reconocimiento de las tradiciones exitosas que contribuyeron a delinear la cultura moderna que llamamos “Occidente”. Esta idea lo acerca a la postura de Friedrich Hayek en su análisis de los “poderes creativos de una sociedad libre”, donde se destaca el legado de conocimientos transmitidos mayormente de modo tácito a través de costumbres e instituciones que confluyeron exitosamente en la organización social moderna (Hayek, 1978:22-38). Entre el conjunto de esos logros se posicionan primero las instituciones de la libertad, que permiten a los individuos cooperar entre sí para hacer mejor uso de sus capacidades.

Para Hayek, las instituciones de la libertad son las que mejor facilitan el proceso de formación individual, pues permiten que mitiguemos los efectos de nuestra ignorancia y de nuestros errores mediante el aprendizaje posibilitado por la libre cooperación social. Si a nivel individual se aprende por la “desilusión de expectativas” y la imitación de conductas exitosas, en el

plano social se aprende a partir de la decadencia de ciertos grupos que adhieren a prácticas e ideas erróneas, y por la adopción de prácticas e ideas adecuadas (Hayek, 1978:30,36). Ya que el aprendizaje comienza por aprender de los errores, puede decirse que el recorrido intelectual de Hayek siguió un camino ‘negativo’, al señalar cuáles ideas e instituciones demostraron no funcionar a la hora de asegurar la prosperidad y el orden social.

El camino ‘negativo’ de Hayek también late en el núcleo de la argumentación de Oakeshott, cuyas principales recomendaciones podrían formularse de la siguiente manera:

1. *No alterar las tradiciones de los logros humanos a la luz de ideas generales o de caprichos pasajeros.*

Ambos suelen ser impuestos por los políticos. Esto se alinea con el pensamiento liberal ya que insinúa la defensa de un gobierno mínimo, limitado a asegurar las condiciones para la vida privada. Los límites a la política están dados por argumentos de tipo epistémico y estético, ilustrados por el siguiente pasaje de otro de sus ensayos:

“... está fuera de la experiencia humana el suponer que quienes gobiernan están dotados de una sabiduría superior que les proporciona un mejor rango de creencias y actividades y les da autoridad para imponer a sus súbditos una forma de vida totalmente diferente (...) Sus sueños no son diferentes de los de las demás personas, y si es aburrido tener que escuchar la repetición de los sueños de los demás, es intolerable que se nos obligue a revivirlos” (Oakeshott, 1983:263).

2. *No reducir la educación a objetivos y medios que ignoran la complejidad del legado histórico.*

De acuerdo con esta premisa, el problema educativo principal reside en crear las condiciones para que seamos lo menos ignorantes posibles de las herencias culturales. Así, aprender a pensar incluye descartar las ideas incorrectas o insuficientes, de modo de “ser engañados con menor frecuencia por declaraciones ambiguas y argumentos irrelevantes” (205-206). Ejercitando lo que él mismo predica, Oakeshott recoge e interpreta una variedad

de conceptos, hábitos y actitudes, y descarta aquellos que en su opinión no contribuyen con el objetivo de promover la educación liberal.

Parece inevitable citar aquí a Karl Popper y su visión de la ‘actitud crítica’ que debe guiar la actividad científica (Popper, 2000). Para Popper la verdad que busca la ciencia se puede alcanzar, si bien provisoriamente, mediante el análisis crítico que busca eliminar errores. Uno de esos errores es incurrir en el reduccionismo de limitar la complejidad del mundo a sólo algunos de sus aspectos. Análogamente, y como vimos, para Oakeshott la educación no debe ser reducida a satisfacer necesidades, sociales o particulares, relacionadas con la socialización, la utilidad, la información, etc., sino que debe buscar ampliar nuestros conocimientos y habilidades para comprender mejor al mundo y a nosotros mismos.

3. *No recortar ninguna disciplina ni perspectiva de la tradición intelectual.*

Conocer la tradición intelectual requiere conocer una variedad de disciplinas entre las cuales se cuentan “las expresiones literarias, filosóficas, artísticas y científicas tradicionales de la civilización europea” (19). También parece exigir hacer una distinción entre el enfoque histórico y el filosófico para comprender lo propio y particular de cada individuo o sociedad, y lo que subyace y es común a todos. Como quedó ilustrado al hablar de la educación política, Oakeshott enfrenta la mirada de la filosofía, general y abstracta, con la de la historia, particular y empírica: la primera permite explicar, la segunda impulsa a actuar.

Si bien en última instancia la balanza de Oakeshott se inclina hacia la historia, entiende que lo histórico y lo filosófico se complementan, reflejando la complejidad inherente al estudio del mundo social. Tal es la postura de Pierre Manent: ni las ideas gobiernan el mundo de la experiencia, ni éste escapa al influjo de las ideas (Manent, 1999).

Conclusiones

A modo de conclusión quisiera reflexionar brevemente sobre si es posible aspirar a promover una educación liberal en un mundo mayormente retratado

por el afán de utilidad, el hedonismo y la masificación, guiado por resultados gratificantes e inmediatos que desplazan el aprendizaje liberal a un último plano.

Estimo que hoy más que nunca se hace no sólo necesario sino urgente leer a Oakeshott, y que las razones para hacerlo varían según el grupo de que se trate. Así, los estudiantes se beneficiarían si buscaran en la universidad un espacio de encuentros y experiencias conversacionales para “reemplazar las nociones absolutas, vociferantes y conflictivas de la adolescencia por algo menos fácil de corromper” (143). Desde este ángulo, los estudios terciarios son una oportunidad crucial para alimentar la idea liberal de reconocer un pluralismo de voces y, consecuentemente, para examinar los prejuicios y errores asociados con toda postura ajena al pluralismo. También son una oportunidad única para detectar entre esas voces el “destino intelectual” de cada uno, búsqueda que sólo fructifica en la tarea paciente y esforzada de la lectura personal y la deliberación argumentativa.

Para el caso de los profesores y autoridades académicas, Oakeshott ofrece una invitación a contemplar los méritos de un enfoque científico multidisciplinario, o al menos a no olvidar el escenario integral donde se inserta la especialización docente y curricular que caracterizan a la universidad actual. Podría argüirse frente a esto que la ‘integración del saber’ demanda esfuerzos y enfoques conciliatorios difíciles de arraigar en la muy ocupada y auto-centrada mente moderna. Sin embargo, el mensaje ‘integrador’ parece contener un elemento mínimo, común a todas las disciplinas y disponible para todos los profesores: enseñar al estudiante a “pensar por uno mismo”, inspirados en lo que pensaron otros.

Por otro lado, en tiempos de énfasis uniforme en la educación pública como vehículo de igualación social, de la lectura de este libro surgen con claridad los cuestionamientos que una autoridad universitaria debe responder a la hora de delinear el perfil de la institución que dirige: ¿educar para qué, mediante qué instrumentos y en base a qué valores? Siguiendo al autor, la diversidad de voces de la herencia cultural recibida se debe acoger, interpretar y retransmitir en la formación de la herencia que recibirá de nosotros la

posteridad; si se quiere ser fiel al legado conversacional, nuestra herencia no puede reducirse al monólogo de la igualdad.

Finalmente, una reflexión sobre política educativa. A tono con la idea de libertad negativa (Berlin, 2006), para Oakeshott los gobiernos no deben desvirtuar el proceso educativo sino sólo asegurar la seguridad y la libertad donde él se inserta (Corey, 2006). En otras palabras, la política se limita a proteger las condiciones donde las personas buscan su auto-realización. Así, escribe que:

Gobernar no tiene que ver con el bien ni con el mal moral, y su objetivo no consiste en hacer hombres buenos ni mejores; no resulta, tampoco, necesario a causa de la “perversión natural de la humanidad”, sino que simplemente debido a la tendencia que hay a ser extravagante su función consiste en mantener a sus súbditos en paz desarrollando las actividades que ellos han elegido en su búsqueda de la felicidad (Oakeshott, 1983:265).

Como vimos, la educación cumple un rol crucial en la búsqueda de la felicidad. Ésta no se logra gracias a dádivas interesadas y ofrendas caprichosas, ni mediante propagandas desinformativas y adoctrinamientos sistemáticos que distraen de la realidad, ni mucho menos incentivando la “pérdida de nuestra individualidad en un ‘mundo feliz’ regido por la burocracia del Estado” (Zanotti, 2001:43). Por el contrario, el camino para encontrar la voz personal comienza por reconocer que la tarea educativa es, parafraseando a Borges, “una y eterna”:¹ ayudar a las personas en el camino de su auto-comprensión.

NOTAS

- 1 En la poesía “La pantera” (*La rosa profunda*, 1975) Borges escribe: “Son miles las que pasan y son miles las que vuelven, pero es una y eterna [la pantera]”

REFERENCIAS

- Abel, Corey and Timothy Fuller (eds.), 2005, *The Intellectual Legacy of Michael Oakeshott*, UK: Imprint Academic.
- Berlin, Isaiah 2006, “¿Qué es la libertad política?”, en *Letras Libres.com*, México (trad. por Laura E. Pacheco de *Political Ideas in the Romantic Age: The Rise and Influence of Modern Thought*, 2006, H. Hardy (ed.), Londres: Chatto & Windus / Princeton Univ. Press).
- Corey, Elizabeth, 2006, “The world of Michael Oakeshott”, disponible *on line* en *The Free Library*.
- Manent, Pierre, 1999, “The Fate and Meaning of Political Philosophy in Our Century,” Conferencia en la Biblioteca del Congreso, Washington, D. C., 9 de junio, extracto disponible *on line*.
- Nozick, Robert, 1974, *Anarchy, State and Utopia*, New York: Basic Books.
- Oakeshott, Michael J., 1983 (1962), “Qué es ser conservador”, en *Revista de Estudios Públicos* N° 11, Chile, pp. 245-270 (traducido del libro *Rationalism in Politics and Other Essays*, London: Methuen and Company, 1981. Hay edición homónima de Liberty Fund, 1991).
- Oakeshott, Michael J., 2009, *La voz del aprendizaje liberal*, Buenos Aires, Liberty Fund/Katz Editores (traducido del libro *The Voice of Liberal Learning*, Indianapolis: Liberty Fund, 2001, publicado originalmente por Yale University Press en 1989).
- Popper, Karl, 2000 (1963), *Conjectures and Refutations: The Growth of Scientific Knowledge*, USA & Canada: Routledge.
- Zanotti, Gabriel, 2001, “Crisis de la Civilización, Constructivismo y Burocratización del Mundo-de-la-Vida”, *Laissez Faire*, N° 14, Revista de la Facultad de Ciencias Económicas, UFM.